

Comunistas en Palestina: la política del estalinismo contra la unidad obrera árabe-judía y el apoyo al sionismo en la creación del Estado de Israel

Julián Ismael Asiner

Sociología FSOC (UBA)

julianasiner@gmail.com

Resumen

Este artículo se propone dilucidar la responsabilidad de la política de la Internacional Comunista, bajo la batuta del estalinismo, en la partición de Palestina y la conformación del Estado de Israel. Rastrear los orígenes de este proceso es un aspecto sustancial para comprender los contornos políticos del conflicto que actualmente azota al Medio Oriente, cuyo epicentro es el emprendimiento genocida del sionismo en Gaza y Cisjordania con el propósito culminar una limpieza étnica de la población palestina en su territorio histórico. El quiebre de la solidaridad obrera existente entre trabajadores árabes y judíos fue un hecho necesario para el triunfo del proyecto sionista, así como el aplastamiento de las revueltas árabes que conmovieron la región durante los años '20 y '30 del siglo pasado. La dirección seguida por la burocracia soviética, y sus vaivenes y virajes políticos, constituyen un elemento insoslayable al momento de comprender este derrotero histórico. Para abordar este fenómeno, se revisarán y analizarán diferentes textos, artículos y libros escritos sobre el período, así como las propias resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista y la historia de su sección palestina, el Partido Comunista de Palestina (PCP).

Comunistas en Palestina

Terminada la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos de los Estados Unidos y la Unión Soviética apoyaron la creación del Estado de Israel. Durante muchos años, el planteo sionista de fundar un Estado judío había tenido un carácter minoritario, ya que era visto como un proyecto utópico e irrealizable. La mayoría de los judíos era “asimilacionista”, en el sentido de que apostaba a una asimilación paulatina en los diversos países en los que se encontraban radicados a lo largo y ancho del globo. Años más tarde, incluso para quienes escaparon de la Alemania nacionalsocialista, Palestina era el último destino ya que estaba asociada al subdesarrollo económico y cultural. El nuevo contexto creado por la Guerra Fría fue clave para la constitución del Estado de Israel. Al deterioro profundo de la situación en Europa –derrota de la revolución alemana, degeneración del poder soviético, ascenso del fascismo y masacre del Holocausto–, se añadió el interés de los Estados Unidos –la nueva primera potencia mundial– de crear un Estado “propio” en Medio Oriente como instrumento de control de la región. Por eso Iehoshúa Arieli (1977) habla de una “constelación histórica única” que posibilitó la realización del sueño sionista, destacando en particular la adhesión de la dirección de la URSS, que estaba interesada en desplazar a Gran Bretaña de la región oriental del Mediterráneo y debilitar las posiciones occidentales en Grecia, Turquía e Irán. El apoyo a la creación de Israel significó un salto cualitativo en la integración de la burocracia estalinista al sistema mundial dirigido por las potencias imperialistas, en una política que sería bautizada como “coexistencia pacífica”.

Ahora bien, ¿cuándo surge el apoyo soviético al movimiento sionista? ¿Es una línea inequívoca que se mantuvo a lo largo del tiempo? ¿Cuál fue la política de la URSS en los años previos a la creación de Israel? ¿Cuál fue el alcance de su influencia en la izquierda y el movimiento obrero de la región? En este trabajo buscaremos dar algunas respuestas a estas preguntas, buceando en las raíces que configuraron aquella “constelación histórica única” a la que refiere Arieli. Para ello, partiremos de analizar las posiciones de los bolcheviques cuando asumen el poder en la Rusia revolucionaria, para luego seguir los zigzags de su dirección burocratizada. En particular, tomaremos en estudio el caso del Partido Comunista de Palestina (PCP) y su papel en el desarrollo del movimiento obrero árabe y judío durante las décadas del Mandato Británico.

Antecedentes: los bolcheviques, el sionismo y Medio Oriente

Hacia fines del siglo XIX, el crecimiento de los *pogroms* y persecuciones contra los judíos habían cuestionado la posibilidad de una asimilación gradual de la comunidad en las sociedades europeas. Esto dio lugar al desarrollo de diferentes corrientes, que a su turno compitieron y confrontaron con el movimiento sionista. La izquierda marxista fue una de ellas, sino la principal. En este terreno, el movimiento judío llegó a tener su propio partido, el *Bund* o “Liga” (“Liga General Judía de los Trabajadores”), que actuó en Lituania, Polonia y Rusia. El *Bund* formó parte de los primeros congresos del Partido Socialdemócrata Ruso e incluso algunas de sus alas se terminaron fundiendo en el Partido Bolchevique. Ayudó en esto la tenaz defensa que los revolucionarios rusos realizaron de las comunidades judías, amenazadas continuamente por la policía zarista y los *pogroms*. Arlene Clemesha (2000) recuerda que “en 1905, Trotsky, como presidente del Soviet de San Petersburgo (el primer soviét de la historia), intervino en la creación de las unidades de auto-defensa judía en Kiev y San Petersburgo y promovió la participación conjunta de judíos y no-judíos en la resistencia contra los actos de vandalismo”.

Las primeras unidades habían sido creadas por el *Bund*, pero tras la derrota de la revolución de 1905 los *pogroms* se multiplicaron y los esfuerzos aislados del *Bund* eran insuficientes. El *pogrom* de Odessa pasó a la historia como una de las masacres más colosales y los bolcheviques demostraron que había estado organizada por el gobierno y la Iglesia Ortodoxa. Muy distinta fue la actitud de los sionistas, que tenían una política contemporizadora con el zar, ya que buscaban su apoyo para el emprendimiento de colonización de Palestina. Informaciones de la época afirman que, en 1903, cuando se produjo el *pogrom* de Kichinev, “el dirigente del movimiento, Teodoro Herzl, volvía de una reunión con el zar en la cual no se había condenado este tipo de matanzas” (Santos, 2000).

Los debates de los socialdemócratas rusos y el *Bund* sin embargo no prosperaron, ya que este partido insistía en su funcionamiento como organización independiente y postulaba la “autonomía cultural” de los judíos. Lenin y Trotsky condenaron esta orientación como contraria al internacionalismo, ya que proponía la segregación política y cultural de los obreros de acuerdo a su nacionalidad o religión (Malaj, 2023). La revolución de 1917 licuó el peso de estas divergencias. Enzo Traverso (1996) afirma que la caída del zar “fue recibida por los judíos rusos como un gran acontecimiento que marcaba el fin de sus sufrimientos y el inicio de una nueva era de liberación”. Como señalamos más arriba, muchos líderes y cuadros del *Bund* resolvieron incorporarse entonces al Partido Bolchevique. Sin embargo, el ascenso de Stalin tras la guerra civil pondría un freno a esta tendencia. En un adelanto al derrotero que veremos más adelante, Víctor Karady (2000) apunta que las purgas del régimen soviético terminarían llevándose la vida de muchos de estos dirigentes. En el mismo sentido, Nachman Falbel (2000) destaca la “dolorosa historia de los ‘kombundistas’ (bundistas comunistas), que al principio ocuparon importantes cargos en el Estado soviético y más tarde estuvieron envueltos en los procesos de depuración”.

En relación a la cuestión de Medio Oriente, los bolcheviques se fueron trazando una línea de intervención que quedó reflejada en los primeros congresos de la Internacional Comunista, realizados entre los años 1919 y 1923. Esta elaboración teórica y programática estuvo precedida por acciones concretas: tras el triunfo de Octubre, el gobierno soviético lanzó un llamado a la paz democrática sin anexiones, basada en el derecho a la autodeterminación de todas las naciones, con la anulación de la diplomacia secreta de los países imperialistas. Pocos días después de la toma del poder, hicieron públicos los tratados secretos de la diplomacia mundial, particularmente los encontrados en los archivos del antiguo gobierno zarista. El 23 de noviembre de 1917 publicaron íntegramente los documentos secretos del Acuerdo Sykes-Picot de 1916, que establecían los planes de los Aliados para la futura partición de la Turquía asiática y la subordinación de Palestina al control británico. Se reveló así el esquema por el cual los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y Rusia pretendían privar a los árabes de la independencia que les fuera prometida a cambio de su ayuda para combatir al Imperio Otomano –en acuerdos paralelos, especialmente en la correspondencia McMahon-Hussein.

El 7 de diciembre de 1917 el Consejo Soviético de Comisarios del Pueblo publicó una carta “A todos los trabajadores musulmanes de Rusia y del Este”, en la cual llamaba a los persas, turcos, árabes e hindúes a derrocar a los imperialistas, usurpadores y esclavizadores de sus países. La Declaración de Balfour de ese mismo año, en la cual el gobierno británico se declaraba favorable a “la creación de un hogar judío en Palestina”, fue fuertemente criticada por los bolcheviques. Clemesha (2003) apunta que, tanto por parte del bando británico como del sionista, uno de los objetivos de Balfour, al declarar

el apoyo al emprendimiento en Palestina, era debilitar la influencia internacional de los comunistas sobre la comunidad judía. Esta disputa está claramente señalada en la célebre “Resolución sobre la cuestión nacional y colonial” del II Congreso de la Internacional Comunista de julio de 1920. Allí se cita “como un ejemplo flagrante de los engaños practicados con la clase trabajadora en los países sometidos, (el caso de) los sionistas en Palestina, país en el que so pretexto de crear un Estado judío, allí donde los judíos son una minoría insignificante, el sionismo ha entregado a la población autóctona de los trabajadores árabes a la explotación de Inglaterra” (Trotsky, 1973). Al mismo tiempo, la resolución no dejó de pronunciarse por “la necesidad de luchar contra el panislamismo y otras corrientes de esta índole que tratan de combinar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y norteamericano con el fortalecimiento de las posiciones de los khanes, de los terratenientes, de los mulás, etc.”. Los bolcheviques defendían la independencia de clase de los trabajadores en el marco de los movimientos nacionales antiimperialistas, y su unidad con el movimiento obrero internacional. Este aspecto fue señalado con toda claridad: “la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias” (Trotsky, *op. cit.*). Citamos en extenso con el propósito de facilitar el contraste de estas posiciones con el desenvolvimiento posterior de los comunistas en Medio Oriente. Como veremos ahora, los principios en relación con el carácter del imperialismo, el sionismo, el nacionalismo burgués y la independencia obrera serían flagrantemente pisoteados por la política estalinista en Palestina.

Paradoja inicial

La colonización de Palestina a comienzos del siglo XX trajo consigo a no pocos judíos de ideas progresistas y revolucionarias. El núcleo del futuro Partido Comunista de Palestina surgió entre inmigrantes y trabajadores judíos del *Poalei Sion* (“Trabajadores del Sion”), un movimiento formado por trabajadores rusos que se originó tras la ruptura del *Bund* con el sionismo en 1901. La Revolución de Octubre dividió al *Poalei Sion*. En Palestina, el sector no comunista, dirigido por David Ben Gurion, formaría años más tarde el *Mapai*, que tuvo un papel protagónico en la creación del Estado de Israel. Entre los comunistas, la ruptura de *Poalei Sion* dará lugar a la formación del *Mapam* y el movimiento *Hashomer Hatzair*. En Palestina, los cuadros comunistas que se distanciaron del programa sionista decidieron fundar en 1920 el MOPS (“Partido de los Obreros Socialistas”). Durante las conmemoraciones del primero de mayo de 1921, el MOPS organizó una manifestación conjunta de trabajadores árabes y judíos con la consigna de una “Palestina soviética”. La actividad fue brutalmente reprimida. Tras los altercados, británicos y sionistas hicieron responsable al MOPS por los incidentes, por lo que sus dirigentes fueron detenidos y deportados con destino a la Unión Soviética. A partir de ese momento, el partido fue obligado a actuar en la clandestinidad, siendo perseguidos sus militantes por las autoridades. La deportación de quince de sus principales líderes implicará un duro golpe a la organización. Según Nathan Weinstock (1973), “los comunistas palestinos, que se cifraban en unos 300 en 1921, no totalizarían más de 80 miembros en 1924”.

En estas condiciones forzadas de clandestinidad, los dirigentes del MOPS fundaron en 1922 el Partido Comunista de Palestina (PCP). En 1924 sería reconocido formalmente como tal por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Con el objetivo de

aproximarse al movimiento de los trabajadores árabes, el PCP apoyó, por un lado, sus manifestaciones y revueltas y, por el otro, intentó organizar una unión sindical común árabe-judía. En 1924 el PCP participó de la resistencia de los *fellahin* (campesinos árabes) de la aldea Al Fula contra su expulsión por parte de la *Haganah*, la milicia sionista. El PCP incitó a los campesinos a no dejarse expropiar por los colonos, que a través de la Agencia Judía habían adquirido las tierras de la aldea. Estas actividades y sus planteos opositores al sionismo le valieron a los comunistas su expulsión de la *Histadrut*, la central obrera judía en la que el *MOPS* había colaborado desde su congreso de fundación. El PCP creó, entonces, el *Ichud*, una liga sindical conjunta de trabajadores árabes y judíos. Durante el Mandato Británico, la gran mayoría de la fuerza de trabajo era árabe. En muchos casos, los árabes ejercían el trabajo manual más pesado, mientras que los trabajadores judíos ocupaban los puestos más elevados y mejor remunerados. En otros casos, árabes y judíos trabajaban juntos lado a lado, y entonces la organización y las reivindicaciones conjuntas eran inevitables. La *Histadrut* e incluso la izquierda laborista y sionista se oponían a esta unión.

Es sabido que durante el Mandato Británico la visión mayoritaria dentro del sionismo se orientó a ignorar la situación de la población autóctona de Palestina. Esta política se expresó en la máxima: “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”. A los ojos de los primeros sionistas, los árabes palestinos aparecían como “saqueadores, ladrones, estafadores y rapiñadores” (Ben Ami, 2006). Otros, como Ber Borochov, defendieron una asimilación de los árabes dentro de la nueva sociedad judía, en la convicción de que no existía nada semejante a una entidad árabe propia. En una sintonía similar, los partidarios del sionismo en los círculos políticos británicos plantearon que los árabes podrían compartir los beneficios y el progreso que traerían los colonos sionistas. Distinta fue la posición de Isaac Epstein, quien en el VII Congreso Sionista Mundial, realizado a comienzos del siglo XX, denunció la llamada “cuestión oculta”: “una cosa nos olvidamos: que hay en nuestra tierra querida un pueblo entero que se aferra a ella desde hace cientos de años y nunca se le ocurrió abandonarla” (Brieger, 1991). El movimiento sionista se propuso cuatro consignas centrales en Palestina: impulsar la inmigración judía, como forma de revertir el desequilibrio demográfico; obtener las tierras necesarias, tanto para construir asentamientos como para desarrollar la producción agrícola; crear un mercado de trabajo judío, excluyendo la mano de obra árabe, en función de crear una estructura socioeconómica propia; y fomentar una industria nacional judía, a partir de la disponibilidad de grandes capitales, lo que socavaría la base de la economía árabe existente. El sionismo comenzó así la construcción de una sociedad paralela a la árabe para constituirse en la única sociedad de Palestina.

Sin embargo, la propia “misión civilizadora” del capital (en términos de Marx), al agrupar a obreros árabes y judíos y explotarlos simultáneamente, conspiraba contra la segregación sionista. La ciudad de Haifa reunía a la mayor concentración de obreros industriales árabes de toda Palestina. Constituía también un polo de trabajadores judíos sindicalizados y combativos. Los dos segmentos venían estableciendo contactos y realizando manifestaciones conjuntas. En 1922, la *Histadrut* rechazó la demanda de los trabajadores árabes y judíos de organizar una huelga conjunta. Al año siguiente, el sindicato ferroviario, afiliado a la *Histadrut*, exigió una reestructuración que organizara al gremio sobre una “base internacional”, permitiendo el ingreso de no-judíos. La radicalización de los trabajadores de Haifa iría en aumento. En enero de 1925, el Consejo de los Ferroviarios votó la apertura del sindicato a todos los trabajadores independientemente de su raza, religión y nacionalidad. Ben Gurion, presente en la reunión, no logró hacer valer su oposición a la medida. A fines de 1925, de los casi mil integrantes del sin-

dicato ferroviario, más de la mitad eran árabes (Clemesha, 2003). La *Histadrut* amenazó entonces con cerrar el sindicato. Los trabajadores árabes, en consecuencia, crearon su propio gremio, formando el primer núcleo de la PAWS (“Sociedad de Trabajadores Árabes de Palestina”). A pesar del sionismo, los esfuerzos por una lucha conjunta de trabajadores árabes y judíos no cesaron. A fines de 1927 se había formado un comité conjunto entre el sindicato ferroviario y la PAWS, con igual representación de árabes y judíos.

Repasando la situación de las fuerzas políticas en Palestina en los años ‘20, Weinstock (1973) concluye que “la única organización política que reunió a la vez a judíos y árabes fue el Partido Comunista”. La importancia de este trabajo se revelaría en el curso del ascenso de las luchas obreras en los años posteriores. Sin embargo, esta fase inicial del comunismo en Palestina encerraba una paradoja. Los primeros militantes comunistas, salidos del movimiento obrero judío, se esforzaban por ganar para su posición anti-sionista a los inmigrantes judíos. Pero estos inmigrantes habían llegado al país precisamente por sus convicciones sionistas. Por ello, esta primera parte de la historia del comunismo palestino es la una lucha encarnizada contra la hostilidad del *ischuv* –la colonia judía– y contra la represión implacable del gobierno británico. El gobierno del Mandato había resuelto negarle “el acceso al territorio a los inmigrantes sospechosos de bolchevismo” (Weinstock, *op. cit.*). A su vez, como los primeros cuadros del partido eran todos judíos, debieron vencer obstáculos formidables para reclutar partidarios en el medio árabe. Weinstock destaca que fue necesario una abnegación ejemplar y un coraje próximo al heroísmo para llevar a cabo esta tarea. Si no obstante a todo esto el PCP logró abrirse paso fue por la tendencia objetiva a la unidad obrera árabe-judía que era acompañada por los comunistas.

Viraje I: el Tercer Período

El PCP seguiría todos los zigzags de la política estalinista, lo que le provocó sucesivas crisis y rupturas. El VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista, celebrado entre julio y septiembre de 1928 en Moscú, oficializó el comienzo del llamado “Tercer Período”. En el nuevo contexto de la derrota de la revolución de 1927 en China en manos del Kuomintang y del comienzo de la grave crisis económica soviética, el congreso aprobó la consigna “clase contra clase”. Es lo que se conoce como la fase “ultra-izquierdista” de la Internacional Comunista. Con la escena política de la URSS dominada ya por Stalin, se proclamó la cercanía de la “crisis del capitalismo” y la necesidad una política que luchara con igual virulencia contra el liberalismo y el fascismo; en tal contexto, los socialistas que acataban los dictados de la democracia burguesa debían ser atacados como “social-fascistas” y considerados como el “principal enemigo a batir”. El viraje de la Internacional Comunista coincidió con el estallido de un levantamiento árabe en Palestina.

En agosto de 1929, tras la llegada de una nueva ola de inmigrantes judíos, explotó la revuelta. El detonante fueron las provocaciones de los llamados “revisionistas” sionistas, que pretendían aumentar el espacio reservado a los judíos en el Muro de los Lamentos –que tanto judíos como musulmanes consideran sagrado. El Mufti de Jerusalén, jefe de la comunidad musulmana, dirigió las manifestaciones imprimiéndoles un claro carácter étnico-religioso anti-judío. Se organizaron *pogroms* que asesinaron a centenares de judíos. Clemesha (2003) apunta que “el temor de las masas árabes ante el crecimiento de la inmigración y la compra de tierras por los judíos fue manipulado por el Mufti (...) al punto que la dirección árabe llegó a ordenarles que evitaran a britá-

nicos y cristianos. Las masas musulmanas cantaban: ‘el gobierno está de nuestro lado’’. A pesar de los esfuerzos por reclutar militantes árabes, el PCP seguía siendo un partido predominantemente judío. Su primera reacción frente a la revuelta fue denunciarla por lo que era: un *pogrom* contra los judíos. Pero su acción siguiente sobrepasó la defensa de los judíos al ceder sus modestos arsenales a la *Haganah*, la organización militar sionista acostumbrada a reprimir a los *fellahin*, y que unos pocos años antes había atacado al propio PCP. Joseph Berger, un dirigente comunista que por entonces formaba parte del Buró Político, reconoció que el partido tuvo pánico ante la amplitud de los desórdenes hasta el punto de ordenar a sus militantes que participaran en las brigadas de autodefensa junto a la *Haganah*. Pero reveló que estas decisiones se tomaron de acuerdo con el dirigente comunista checo Smeral, representante de la Internacional Comunista, que se encontraba clandestinamente en Palestina en el momento de los incidentes (Weinstock, 1973). No obstante, el Kremlin aprovechó los acontecimientos de 1929 en función de su disputa interna. Moscú se despegó por completo de la actitud del PCP y condenó lo que llamó una “desviación de derecha del PC de Palestina”. El Comité Ejecutivo declaró que “el partido falló al no percibir que el conflicto nacional religioso estaba transformándose en una revuelta general nacional antiimperialista”. Detrás de esta tesis forzada, se escondía el objetivo de liquidar a la dirección del PCP y sustituirla por jóvenes árabes comunistas adoctrinados en Moscú. Siguiendo a Berger, el cambio en la posición y la condena del Komintern se explican por las necesidades de su polémica con la oposición de derecha que por entonces encabezaba Bujarin. En efecto, la dirección del PCP es descabezada y todos sus miembros son obligados a registrarse nuevamente, bajo la condición de realizar declaraciones del tipo: “acepto que la revuelta de agosto fue el resultado de la radicalización de las masas árabes” (Clemesha, 2003). La purga en el partido y la imposición burocrática de miembros árabes tenía la intención de conferirle una nueva imagen, apartándolo del sionismo de izquierda y dándole la apariencia de un partido árabe.

Si por un lado la colaboración del PCP con la *Haganah* se explicaba posiblemente por la falta de inserción efectiva del partido en el medio obrero árabe, y por su impotencia para organizar una política de autodefensa independiente, la caracterización de los acontecimientos como una rebelión antiimperialista fue parte del giro “ultraizquierdista” del Tercer Período, un viraje a la medida de la burocracia de Moscú. Weinstock añade que esta fase se expresó en Palestina con un quiebre respecto a la relación con *Poalei Sion*, que hasta el momento era el partido sionista más próximo a los comunistas. Luego de la línea de arabización del partido, fueron acusados fríamente de “social-fascistas”. Siguiendo esta táctica, el partido llegó a sostener al ala más extremista del movimiento nacional árabe, poniéndose a remolque de la *Istiklal* dirigida por el Mufti. A contramano de esta orientación, la solidaridad obrera árabe-judía de mediados de la década de '20, interrumpida por los conflictos intercomunitarios de 1929, reaparecería en los años siguientes.

En noviembre de 1931, huelgas conjuntas de choferes de taxi, ómnibus y camiones paralizaron los transportes en Palestina por nueve días. En abril de 1932, marineros árabes de Haifa entraron en huelga y fueron seguidos por los portuarios judíos pertenecientes mayoritariamente al grupo sionista de izquierda *Hashomer Hatzair*, que se negaron a frustrar la huelga. Se formó un consejo de huelga común, a pesar de las resistencias de la *Histadrut* y de la Ejecutiva árabe. Tanto los sionistas como los nacionalistas árabes eran contrarios a la lucha conjunta de los trabajadores, por la que culpaban a los comunistas. A partir de 1934, se produjeron asambleas masivas con centenares de trabajadores árabes y judíos de los ferrocarriles, que desembocaron en una huelga de un día

en Haifa en mayo de 1935. Los huelguistas formaron un consejo de todos los trabajadores de los ferrocarriles y una delegación de cuatro trabajadores árabes y cuatro judíos para negociar con los patrones del gobierno británico. Lograron vencer en varios puntos de sus demandas. Algunos meses antes, en febrero-marzo de 1935, centenares de trabajadores árabes y judíos habían realizado una huelga de tres semanas, parcialmente victoriosa, en la refinería de Haifa y en la terminal del oleoducto de la Compañía de Petróleo de Irak. En el sentido contrario al desarrollo de esta lucha de clases, el PCP recibiría órdenes de Moscú de adoptar un nuevo viraje.

Viraje II: el Frente Popular

En agosto de 1935, se reúne el VII Congreso del Comintern donde Georgi Dimitrov anunció formalmente la táctica de “Frente Popular”. Tras el auge del fascismo en Europa y el fracaso de la política “ultraizquierdista” aprobada en el congreso anterior, se dio paso a los frentes populares donde los comunistas buscarían aliarse, ya no sólo con otros grupos de izquierda (los aborrecidos “socialistas-fascistas”), sino por sobre todo con las burguesías del bando de los Aliados, al que se caracterizaba como un “imperialismo democrático”. El delegado del PCP presente en el congreso declaró que su tarea era “crear un frente popular nacional árabe”. En Palestina, el viraje hacia el Frente Popular acentuó la subordinación del PCP frente al nacionalismo burgués árabe. El líder del partido, Musa (Ridwan al Hilo), sentenció que el principal enemigo de los comunistas era “la minoría nacional judía” (Clemesha, 2003). Con esta nueva orientación proporcionada por el Kremlin el partido atravesaría el levantamiento popular de 1936.

La insurrección de 1936 será mucho más extensa y profunda que la de 1929. La población árabe se movilizó contra la presencia sionista, que fue denunciada como una extensión artificial del poder colonial. Los reclamos plantearon el cese de la inmigración judía, la prohibición de la venta de tierras y el derecho a contar con un gobierno propio. Atemorizadas por el desborde, las clases gobernantes árabes crearon el Alto Comité Árabe (ACA), con el objetivo de controlar la revuelta. El 25 de abril de 1936 comenzó a operar y se plegó al movimiento convocando a la huelga general. Poniendo en práctica la política del Frente Popular, el PCP se puso al servicio del ACA, con lo que se distanció enormemente de los trabajadores judíos. En las distintas regiones de Palestina, los militantes comunistas se unieron a los cuadros del ACA en direcciones comunes. El PCP asumió como propia la línea terrorista que impulsaba el Mufti. En una circular emitida en julio de 1936 comunicó que “la bomba arrojada en la casa de los trabajadores judíos de Haifa fue lanzada por miembros del PCP siguiendo la orden del Comité Central” (Weinstock, 1973). La política de terror dirigida contra la comunidad judía fue una desviación extraña a la lucha consecuente contra el imperialismo y el sionismo. El partido, que contaba entonces con un millar de miembros, fue sometido a una línea que volvió a amenazarlo con una desintegración. En octubre, el ACA decidió emprender la desmovilización, por temor a que el movimiento se convirtiera en una revolución social que se volcara en su contra (Clemesha, 2003). Al igual que en 1929, secciones enteras del PCP como la de Tel Aviv se manifestaron contra la línea del Comité Central y fueron excluidas por “insubordinación”. El seguidismo del partido a la reacción árabe fue tan pronunciado que muchos de sus cuadros árabes abandonaron el PCP para ingresar a la *Iskitlal*.

En la prensa del PCP se reproducían las propuestas “muy razonables del (Mufti) Hadj

Amin al Housseini” y su llamado “muy sensato” por un “gobierno representativo”, o sea, por una representación nacional árabe dentro del imperio británico (Clemesha, 2003). La línea de la alta dirigencia árabe buscaba un pacto con el imperialismo aliado, que el PCP aceptaba en nombre de su defensa de la “democracia”, abandonando el planteo de la independencia de Palestina. Pero los acontecimientos venideros pusieron un serio límite a esta orientación. Gran Bretaña rechazó todo acuerdo y al año siguiente, en 1937, el informe de la Comisión Peel planteó la necesidad de desplazar a la población árabe para constituir un Estado judío. Esto provocó el inicio de una segunda etapa en la revuelta, protagonizada por los campesinos en la región de Galilea y el margen occidental. En la medida en que se desarrollaba, la rebelión se dirigía cada vez más no sólo contra británicos y sionistas sino contra la traición de las clases dirigentes árabes. Ante la ausencia de una dirección nacional revolucionaria, el movimiento quedó confinado a levantamientos locales dirigidos por grupos de guerrilla. El bloqueo de rutas y el boicot económico de las comunidades británicas y sionistas trajo un efecto inesperado: impulsó aún más la autonomía del *ischuv*. Los sionistas construyeron rutas estratégicas, acabaron con el remanente de trabajo árabe en las plantaciones de cítricos, extendieron su propia red comercial y aumentaron sus fuerzas militares, que ahora estaban oficialmente alistadas como tropas auxiliares de la policía británica. La *Histadrut* utilizó todos los medios a su alcance para quebrar la huelga. El movimiento sionista estableció 55 nuevos asentamientos y puso a andar escuadrones de la muerte y organizaciones paramilitares como *Etzel*. En 1939, el *ischuv* ya tenía 500 mil almas, estaba altamente militarizado y funcionaba como una unidad separada. Los combates de 1936-39 dejaron un saldo de muertos de 2287 árabes, 430 judíos y 140 británicos, miles de heridos y la paralización de la economía palestina. La brutal represión del levantamiento condujo a la comunidad árabe al borde del colapso y la disolución, y es uno de los antecedentes que prepararon las condiciones para la creación del Estado de Israel en 1948. Centenares de comunistas y simpatizantes fueron presos en un campo de concentración cerca de Bersheba. El gobierno británico se convenció de la imposibilidad de la partición, que era la posición asumida oficialmente en el Libro Blanco de 1939 y que luego sería revertida con el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

A diferencia de 1929, cuando el descontento popular de las masas árabes fue canalizado por los conflictos intercomunitarios, la rebelión de 1936 fue una revuelta anti-británica de amplia escala en Palestina que careció, no obstante, de una dirección independiente. Las masas en las calles estaban constituidas por campesinos, jóvenes urbanos, los *shebab*, que lideraban el partido *Istaqlal* (de la Independencia), un nuevo grupo nacionalista compuesto por árabes musulmanes, cristianos y judíos de las ciudades. La subordinación política del PCP al nacionalismo árabe burgués tuvo consecuencias desastrosas. En lugar de llamar a una acción conjunta de los trabajadores árabes y judíos, convocaban a estos últimos a infundir el pánico colocando bombas en los clubes obreros judíos. El apoyo total al programa del ACA, liderado por el Mufti, incapacitó al PCP para diferenciarse y postularse como una dirección alternativa. El fracaso de la táctica del Frente Popular provocó una nueva división en sus filas. Mientras la sección judía se rebeló contra la línea oficial y reclamaba, en hebreo, el fin del derramamiento de sangre, la sección árabe llamó a unirse al movimiento de liberación. La sección judía no tardó en tomar la decisión de ingresar en las organizaciones sionistas, incluyendo el *Mapai* de Ben Gurion, los sindicatos de la *Histadrut* e inclusive el ejército clandestino de la *Haganah*. Justificó su adhesión al sionismo como “trabajo legal” en “organizaciones de masas” y con una “adaptación de las formas de lucha en el sector judío al nivel de la madurez política del *ischuv*”. Los sionistas socialistas de *Hashomer Hatzair* y *Poalei Sion*

de Izquierda, antes llamados “social-fascistas”, fueron reclasificados como la “fracción revolucionaria de los trabajadores y de la juventud”. Sin embargo, algunos militantes comunistas judíos se negaron a apoyar la *aliá* (inmigración judía) y la consigna de “seguridad para el *ischuv*”, alegando que colaborar con la *Haganah* mientras asesinaba árabes para el colonialismo británico era negativo e inmoral.

El PCP va a la guerra

La Segunda Guerra Mundial representó la apertura de una nueva fase para el movimiento obrero de Medio Oriente. Palestina se transformó en un escenario importante de la guerra entre las fuerzas fascistas del Eje y los Aliados. Miles de tropas francesas y británicas desembocaron en la región de Siria-Líbano-Palestina. Palestina, una región predominantemente agraria, vio crecer rápidamente una industria de guerra. Miles de trabajadores árabes y judíos fueron empleados en los ferrocarriles, en las refinerías de petróleo, en las fábricas metalúrgicas y como trabajadores civiles en los campos militares. En 1940 se termina de producir la ruptura entre el Ejecutivo del PCP y su sección judía, que critica vivamente la actitud adoptada por el partido durante los años 1936-39. Sin embargo, en agosto de 1942 el Kremlin ordena terminar con toda división, y reunificar el partido para lanzarse al esfuerzo de la guerra, alistándose en el ejército británico. Gracias a esta nueva política, el PCP, por primera vez en su historia, puede realizar propaganda en el marco de la legalidad. La situación era altamente explosiva y demostraba que había espacio para una campaña comunista contra ambos bandos imperialistas, siguiendo el ejemplo de los bolcheviques durante la Primera Guerra Mundial. Pero convertidos en ardientes partidarios de “la guerra por la democracia”, los comunistas judíos se aproximaron, esta vez, al movimiento sionista.

Durante la Segunda Guerra Mundial creció enormemente el potencial de una lucha obrera común árabe-judía. El trabajo compartimentado comenzó a ceder lugar a un gran número de árabes y judíos trabajando codo a codo. La fuerza de trabajo urbano árabe aumentó aproximadamente de 40 mil a 130 mil trabajadores, 100 mil de los cuales eran obreros manuales. Trabajadores ferroviarios árabes y judíos de Haifa lanzaron reivindicaciones comunes en 1940 y lucharon juntos en diciembre de 1942, con una huelga de tres días en los talleres de Haifa, desafiando una prohibición oficial contra los paros en sectores esenciales de la industria. Los campamentos militares británicos constituían un foco propicio para la lucha obrera conjunta. Los 15 mil judíos y 35 mil árabes contratados para construirlos y mantenerlos tenían salarios bajos, comidos por la inflación de tiempos de guerra. Las organizaciones activas en los campamentos eran principalmente el PCP, el *Hashomer Hatzair* y la PAWS. Presionados por su ala izquierda, la *Histadrut* llamó unilateralmente a la huelga en mayo de 1943. Miles de trabajadores árabes se unieron a los judíos, ignorando a la propia dirección de la huelga. Weinstock (1973) señala que la ocasión exigía la intervención del PCP, históricamente favorable a la unión de los trabajadores árabes y judíos, con la posibilidad inclusive de quebrar el control de los laboristas y de la *Histadrut* sobre el movimiento. Pero la dirección del PCP (Musa), por el contrario, denunció la huelga de los trabajadores por boicotear el esfuerzo de guerra. El PCP estaba siguiendo a rajatabla la línea de Moscú. También en la Argentina el Partido Comunista sabotó las huelgas durante la guerra, lo que minó su autoridad y favoreció el posterior desplazamiento de los trabajadores hacia el peronismo. En el boicot a la huelga, el PCP actuaba en el mismo campo que los árabes nacionalistas, que se oponían a la acción conjunta con los judíos.

Esta orientación anti-huelga volvió a provocar la ruptura del PCP reunificado. Una camada de jóvenes comunistas árabes, de origen cristiano principalmente, fundó la “Liga de Liberación Nacional”, un partido puramente árabe según sus estatutos, que reflejaba la táctica estalinista de rebautizarse como frente de liberación nacional. Los comunistas judíos, por su parte, se dividieron en dos: los remanentes del PCP, que mantuvieron el mismo nombre, y la anterior sección judía que a partir de ese momento pasó a llamarse “Asociación Educativa Comunista”. El PCP judío se abandonó completamente a la política de unión con los sionistas. El Día de la Victoria, cuando el ejército ruso derrotó a Hitler, los comunistas judíos desfilaron tras las banderas sionistas, bajo las consignas: “Extensión de la colonización”, “Libertad a la inmigración” y “Desarrollo del Hogar Nacional Judío” (Weinstock, *op. cit.*). En mayo de 1943, Stalin disolvió la Internacional Comunista declarando que era “deber sagrado” de los trabajadores “apoyar por todos los medios los esfuerzos militares de los gobiernos de la coalición anti-Hitler”. A mediados de 1944, el PCP que aún conservaba su nombre pidió ingresar en la *Histadrut*. Un año después, en septiembre de 1945, el partido declaró: “el PCP apoya el establecimiento de un hogar judío en Eretz Israel”, adoptando como propio el lenguaje sionista.

Hacia el Estado de Israel

El fin de la guerra tornó explosiva la conflictividad obrera debido a la amenaza creciente de desocupación, causada por el cierre de las industrias armamentistas. La lucha estalló en los campos militares británicos, donde 30 mil trabajadores árabes y judíos eran amenazados con el despido. Como en 1943, el sindicato nacionalista conservador árabe PAWS boicoteó la acción conjunta. Pero, en agosto de 1945, simpatizantes y miembros de la Liga de Liberación Nacional formaron el Congreso de los Trabajadores Árabes (CTA). Las ramas de la PAWS de Jaffa, Jerusalén y Gaza fueron ganadas por la Liga y enseguida se fundieron en el CTA de Haifa. Al mes siguiente, el CTA y la *Histadrut* lideraron una huelga de siete días en las proximidades de Tel Aviv. Trabajadores árabes y judíos se unieron en piquetes conjuntos en los portones del campamento y marcharon por las calles centrales de Tel Aviv cantando, en árabe y en hebreo, “larga vida a la unidad entre los trabajadores árabes y judíos” y “los trabajadores árabes y judíos son hermanos”. El diario *Haaretz*, en su edición del 25 de septiembre de 1945, publicó: “las masas se agolpaban a ambos lados de las calles para apreciar la visión extraordinaria de trabajadores árabes y judíos marchando juntos por Tel Aviv” (Clemesha, 2003). En abril de 1946 la *Histadrut* y el CTA lideraron en todo el país una huelga de los trabajadores de la compañía petrolera Socony Vacuum, que duró doce días y resistió el boicot de la PAWS. Simultáneamente se inició la manifestación de los trabajadores del correo, telégrafos y compañía telefónica, que se transformó en una gran huelga general. La manifestación comenzó el 9 de abril con la acción de los trabajadores árabes y judíos del correo de Tel Aviv. Al día siguiente entraron en huelga los trabajadores de correo de toda Palestina. Ni las concesiones rápidamente anunciadas por el gobierno, ni el llamado de la *Histadrut* a concluir la huelga, pudieron ponerle freno. El 14 de abril los trabajadores ferroviarios se adhirieron, paralizando la principal vía de transporte de todo el país. Luego entraron en huelga los miles de empleados públicos (en su mayoría árabes), que ya venían manifestando su descontento, seguidos por los trabajadores portuarios. A mediados de abril había 23 mil empleados públicos en huelga y fuertes indicios de la adhesión inminente de otros sectores. Pero tanto la *Histadrut* como la PAWS conspiraron contra la expansión de la huelga: los sionistas no querían poner en riesgo su campaña

para obtener del gobierno británico el aumento de la cuota de inmigración; los nacionalistas árabes, por su parte, seguían la orientación del Mufti de Jerusalén que se oponía a la cooperación entre trabajadores árabes y judíos. A pesar de esto, la huelga, que fue levantada a fin de mes, logró la victoria de la mayoría de sus reivindicaciones.

La lucha conjunta de los trabajadores árabes y judíos era una amenaza para los planes sionistas. En 1946-47 las fuerzas militares judías comenzaron a prepararse para la partición. El brazo militar de la derecha sionista inició ataques terroristas cada vez más frecuentes, buscando crear la separación en todas las ciudades de población mixta. La dirección árabe fiel al Mufti, por su parte, lanzó un llamado al boicot del comercio y negocios judíos. La tensión y los choques intercomunitarios aumentaron, inhibiendo los procesos de luchas comunes. Tanto sionistas como nacionalistas árabes colaboraron en este resultado. A fines de noviembre de 1947 las Naciones Unidas votaron a favor de la partición de Palestina, atribuyendo a los judíos un 55% del territorio a pesar de constituir apenas un tercio de la población, que vivía principalmente en las ciudades ocupando el 6% de la tierra. La revuelta de la población árabe fue generalizada. Estallaron conflictos y una huelga general árabe en Jerusalén. Centenares de personas murieron en ataques y contra-ataques armados. Sin embargo, la solidaridad árabe-judía de los trabajadores no fue automáticamente liquidada por el nuevo clima de odio intercomunitario. En Haifa, sindicalistas árabes arriesgaron sus vidas para defender a sus compañeros judíos en el célebre ataque a la refinería de la ciudad. Los golpes de las organizaciones sionistas de derecha, como el *Irgun*, iban especialmente dirigidos a quebrar un ambiente de trabajo conocido por su tradición de cooperación y solidaridad de clase entre los trabajadores árabes y judíos. La conquista sionista de Haifa el 21 de abril de 1948 terminó de expulsar a los 50 mil árabes que quedaban en la ciudad.

Después de la votación de las Naciones Unidas en 1947 a favor de la partición, apoyada por la URSS, el PCP se rebautizó como “Partido Comunista de Eretz Israel”, esta vez utilizando la nomenclatura sionista hasta en su propio nombre. Así fue eliminado el último vestigio de contacto con la población árabe. El puente que aún los separaba del sionismo fue atravesado. En marzo de 1949, el partido llegará a redactar un llamamiento a realizar manifestaciones de masas “por la inclusión inmediata de Jerusalén en el Estado de Israel” (Weinstock, 1973). Tras el apoyo soviético a Israel, los comunistas árabes de la Liga se adaptan al desglose de Palestina, adoptando en 1951 el nombre de “Partido Comunista Jordano”.

Conclusiones

De manera general, podemos afirmar que los comunistas palestinos siguieron los vaivenes de la política estalinista. Los principios establecidos por los bolcheviques en los primeros congresos de la Internacional Comunista fueron abandonados por una política que siguió los zigzags de una orientación adaptada a las necesidades de la burocracia del Kremlin. Pese a su trabajo pionero en la construcción de la unión y solidaridad entre trabajadores árabes y judíos a mediados de la década de 1920, la política del PCP de alianza con fuerzas árabes nacionalistas en 1929 y en 1936-39 significó que no pudiera ejercer un papel independiente. La solidaridad obrera árabe-judía difícilmente sobreviviría a las atrocidades y deshumanización que fueron los productos inevitables de la guerra intercomunitaria. Era imprescindible para cualquier desarrollo conjunto que beneficiase a los pueblos árabe y judío de Palestina romper con las divisiones y derrotar a los nacionalismos burgueses en guerra entre sí.

A pesar de que los sionistas y las dirigencias tradicionales árabes fomentaron el odio entre las dos comunidades, en casi tres décadas de dominio colonial británico no faltaron ejemplos de unión espontánea entre trabajadores árabes y judíos en Palestina, así como serias tentativas de organizar esta unión clasista. Después de la Segunda Guerra Mundial hubo una nueva ola de manifestaciones y luchas obreras. En 1946 y a comienzos de 1947 surgieron huelgas en Haifa en donde los trabajadores árabes y judíos lucharon codo a codo. Los militantes comunistas que dirigieron estas huelgas fueron torpedeados por la intervención y la política del estalinismo, que favorecía de un lado su unión con reyes, jeques y coroneles árabes, y del otro con los sionistas en el período crucial del fin del Mandato Británico y la creación del Estado de Israel. En vez de constituir la vanguardia de la lucha antiimperialista de las masas árabes y judías, el PCP quedó transformado en el resto comunista de los sionistas de izquierda, perdiendo en el camino hasta su propio nombre. Los comunistas, sometidos a la política externa dictada por el Kremlin, quebraron su estructura y todo el desarrollo autónomo forjado en décadas de lucha.

La línea estalinista de Frente Popular asoció a los PC en todo el mundo a sus propias burguesías; en Palestina, donde había dos nacionalismos compitiendo entre sí, el PCP se unió primero a uno, después al otro, y fue eventualmente derruido, fragmentándose en sus componentes nacionales. Era, en cierta medida, lo que Lenin y Trotsky habían advertido cuando se opusieron a la “autonomía nacional-cultural” proclamada por el *Bund*. La escisión del comunismo palestino en dos fracciones uninacionales, a remolque de sus respectivas burguesías, fue la conclusión lógica del abandono de una estrategia de internacionalismo obrero. Es el símbolo del fracaso de la línea estalinista en Palestina. Para crear Israel fue necesario destruir la solidaridad entre los trabajadores árabes y judíos; en esta empresa, que emergió de la “constelación histórica única” de Arieli, la burocracia soviética tuvo una responsabilidad ineludible.

El estalinismo representó a la contrarrevolución al interior del proceso revolucionario desarrollado por el Partido Bolchevique. El ascenso de esta casta burocrática provocó una ruptura con los principios revolucionarios, que también se expresó en el territorio de Palestina y todo Medio Oriente. Su alianza con las clases dirigentes árabes, primero, y con el sionismo, después, retrataron una política de entrega de la clase obrera, a la que buscó anularse como factor político independiente. A lo largo de este recorrido, buscamos reflejar cómo el quiebre de los puentes de solidaridad entre los obreros árabes y judíos en Palestina, a los cuales esta política contribuyó, se transformó en uno de los grandes pilares sobre los que se cimentó la construcción del Estado de Israel y la dominación política del sionismo y el imperialismo en la región.

Referencias bibliográficas

- Arieli, I. (1977). La independencia de Israel. Un enfoque desde una perspectiva histórica. *Revista Dispersión y Unidad*, (20-21).
- Ben Ami, S. (2006). *Cicatrices de guerra, heridas de paz. La tragedia árabe-israelí*. Ediciones B.
- Brieger, P. (1991). *Medio Oriente y la Guerra del Golfo, el conflicto árabe-israelí*. Letra Buena.
- Clemesha, A. (2000). Trotsky y la cuestión judía. *Revista En Defensa del Marxismo*, 9(27). <https://revistaedm.com/edm/27/trotsky-y-la-cuestion-judia/>
- Clemesha, A. (2003). De la Declaración de Balfour a la derrota del movimiento árabe-judío. *Revista En Defensa del Marxismo*, 11(30). <https://revistaedm.com/edm/30/de-la-declaracion-de-balfour-a-la-derrota-del-movimiento-obrero-arabe-judio/>
- Falbel, N. (2000). La Revolución Rusa y la cuestión judía. *Revista En Defensa del Marxismo*, 9(27). <https://revistaedm.com/edm/27/la-revolucion-rusa-y-la-cuestion-judia/>
- Karady, V. (2000). *Los judíos en la modernidad europea*. Siglo XXI.
- Malaj, N. (2023). *Trotsky y la cuestión judía*. La Bisagra.
- Santos, R. (2000). Sionismo y socialismo en el pueblo judío. *Revista En Defensa del Marxismo*, 9(28). <https://revistaedm.com/edm/28/sionismo-y-socialismo-en-el-pueblo-judio/>
- Traverso, E. (1996). *Los marxistas y la cuestión judía*. Ediciones del Valle.
- Trotsky, L. (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Editorial Pluma.
- Weinstock, N. (1973). *El sionismo contra Israel*. Gosman.